

Bustamante, don David Alvéstegui y don Carlos Tejada Sorzano. Luego procedió a elaborar un *Estatuto* que es una verdadera obra maestra de desinterés y buen tino. Consta de 23 artículos, en los cuales, entre otras cosas, se establece que la Junta de Gobierno es de carácter transitorio, que ninguno de sus miembros puede ser candidato para la presidencia de la República; que todos los tratados y convenciones suscritos por Bolivia serán respetados, como asimismo los contratos y concesiones suscritos a favor de compañías extranjeras o nacionales, que existe y se reconoce la más absoluta libertad de prensa, etc., etc. Mientras tanto regresan al país los numerosos deportados del régimen anterior, se reorganizan los partidos políticos y vuelve la nación a la normalidad constitucional. Que esta tranquilidad no puede ser absoluta es evidente, pues difícilmente las naciones recobran la paz y la tranquilidad después de movimientos revolucionarios tan poderosos como el habido últimamente en Bolivia. Así no debe dársele mayor importancia a algunas conmociones políticas que puedan sobrevenir en el futuro inmediato. Yo estoy seguro de que los anhelos y las esperanzas de aquellos jóvenes que vertieron su sangre en las calles de La Paz y de otras ciudades de la República no serán defraudados.—RENÉ BALLIVIÁN CALDERÓN.

«Nuevos retratos», por José María Salaverría

PARA este vasco de alma insobornable sólo la muerte parece ser objeto de piedad y de ternura. Es muy difícil que hable bien de alguno de sus contemporáneos. En su anterior volumen de *Retratos* eran dos muertos los que parecían conmover sus entrañas espirituales: Darío de Regoyos, el pintor «humilde y errante» (el dictado le viene más que a Baroja, inventor de la fórmula), Francisco de Asís de la pintura que «se entregaba al divino oficio de cantar al campo con rimas de color» y Emilio Becher o «el genial fracasado» a quien Salaverría no niega, después de reconocerle todos los dones de la inteligencia y la delicadeza espiritual, ni siquiera la belleza física: «rubio, blanco, mirada azul, claridad de mancebo escandinavo».

¡Cómo sabe este hombre ser duro e implacable en sus pasiones! Cuándo ama no olvida detalle que pueda enaltecer la persona amada. Pero cuando su inclinación sentimental se desvía

es terrible. Así, Unamuno parece haber sido una gran admiración de su iniciación intelectual. Casi puede hablarse del fervor proselitista del epígono o del discípulo. El desquite de la personalidad emancipada y rebelde no iba a dejarse esperar. El ídolo tomaba contornos de caricatura con una crueldad que no respetaba ni la misma vida ultraterrena ante la cual parece conmoverse nuestro irreductible escritor. Decía de Unamuno en sus *Retratos*:

El tono unamunescos quiere decir: exaltación entre pueril e infernal de la personalidad, con exhibición de ésta a un grado de impudor sencillamente obsceno. Y después, como ampliación o consecuencia de lo anterior, un anhelo angustioso, patético, mezcla de lamento y de apóstrofe, del ser mortal y pasajero que se rebela a morir, no sólo como literatura, sino como carne. Luzbel y Narciso en una pieza. Tanto, que uno de los motivos que más lo sujetan a Unamuno al cristianismo es la categórica seguridad con que el cristianismo mantiene el dogma de la resurrección de la carne. Resucitar con sus barbas y todo, y vivir así eternamente en cualquier sitio del cielo o del infierno, tal es el sueño preferente de Unamuno.

Como en los casos de Darío de Regoyos y Emilio Becher ha extremado el retrato ideal, con Miguel de Unamuno ha exagerado los elementos grotescos y caricaturales hasta términos a que otro hombre no se hubiera atrevido a llegar. Pero esto no es todo. Un amigo de Unamuno salió en defensa del maestro, que estaba todavía en el destierro cuando lo victimaba la pluma tajante de su paisano Salaverría. La arremetida debe de haber sido violenta. Sólo así se explica el tono de la respuesta de Salaverría en su libro *Instantes*.

José Sánchez Rojas no es ningún mozalbete, ni creo que haya sido nunca lo que se llama joven. No obstante, el pobre hombre se aventuró a llamarme cincuentón y a decir que estoy enfermo. ¡Y lo decía esa piltrafa humana que todos ustedes han visto deslizarse por la calle como un pupilo vitalicio de San Juan de Dios!

Como se ve por este fragmento, los escritores se diferencian muy poco de los antropófagos. El triste negocio de la gloria los hace darse embestidas con una ferocidad de ogros que se suprimirían con júbilo después de suplicarse recíprocamente con furia vesánica. Se olvidan los más elementales respetos humanos en esta apresurada conquista de la clientela o de la inmortalidad. Nuestra época, sabia en el arte del reclamo, ha creado en este terreno sus víctimas, sus héroes y sus mártires.

En su nuevo libro (1) Salaverría vuelve a su táctica de estar

(1) *Nuevos Retratos*. Renacimiento, Madrid, 1930.

bien con los muertos y disparar voluptuosamente sobre los vivos, cuanto más empujados, mejor. Parece en él una necesidad fisiológica ensañarse contra todo lo alto y egregio. Hay ternura y firmeza en esa silueta de Pérez Galdós, el melancólico abuelo de España, «un hombre en un sillón» y hay una admiración leal y una amistad viril en las páginas dedicadas al poeta Ramón de Basterra, «la bella flor tronchada». Páginas todas muy nobles, muy hondas, muy íntimas. Pero, ¿por qué Salaverría no podrá vivir en paz con los vivos? Digamos en su honor que de esta vivisección inmisericorde no se escapa ni él mismo. En el capítulo final, que el autor titula *Salaverría más Salaverría*, recoge la opinión que de él tienen dos hermosas mujeres que cruzan la calle y los contertulios de un café que no siempre dicen cosas amables de la gente que les sirve de tema para librarse del aburrimiento y de «la soledad en compañía».

El autor de *La intimidad literaria* no defrauda a nadie cuando levanta el techo de la casa de sus contemporáneos. Lo leemos a sabiendas del material que nos va a dar. Lo leemos con agrado y, a ratos, con admiración. No vamos a hacer ridículos e sinceros aspavientos simulando un *vade retro* a sus asperezas y estridencias. No le tememos porque, leyéndolo, sabemos que estamos ante la verdad de un hombre. Sólo nos duele por momentos la agresividad elemental con que habla de sus compañeros de oficio. Pero hay en este hombre la tragedia de un escritor independiente y libre que, por conservar su solitaria fortaleza, se ha visto olvidado y postergado mientras otros, mediocres y serviles, triunfaban por el adulo interesado y el reclamo en espera siempre de reciprocidad y recompensa. No ignora Salaverría la frágil armazón de engaños y mentiras con que se ha levantado la república literaria, debilidades en que hasta los más grandes han caído, y conociendo todos los bastidores y entretelones de la farsa se ha resistido a participar en ella.

Por eso habla de sus contemporáneos desde la alta soberbia de su soledad. Pasa por sobre toda convencional hipocresía y sentencia con firmeza:

Si es verdad que se respetaban, cierto es también que no se querían mucho. Azorín estimaba a Baroja con fervorosa fidelidad, y ahí termina la historia de las simpatías. Maeztu tenía celos de Azorín y detestaba a Baroja; Baroja detestaba a Unamuno y hablaba mal de Maeztu, y Unamuno no quería a nadie, como de costumbre, pues bastante tenía con atender a su gigantesca estimación de sí mismo. Unamuno hablaba mal de Pérez Galdós, de Costa y de Ganivet. Deseaba, eso sí, que aquellos jóvenes escritores vascos se agruparan en torno a él y lo reconocieran como su jefe y maestro. Pretensión que en la costa del Mediterráneo hubiera podido parecer justa y natural, pero que pro-

puesta entre vascos resultaba ridícula. Baroja, desde luego se burlaba de ella con su típica risa, cascajosa y trémula, bajo el lacio bigote rubio. (Págs. 61 y 62.)

He aquí a toda una generación en mangas de camisa. El autor tiene el heroísmo de recurrir a detalles que algún lector escrupuloso pudiera considerar de simple y vulgar chismografía. Pero no se arredra por su empresa hercúlea y sigue adelante en su análisis espectral. No hemos de reprochárselo nosotros que estamos leyendo su libro con una delicia mezclada de tristeza. Por ejemplo, este paralelo entre Azorín y Maeztu:

Baroja me señalaba la sorda rivalidad que entre Maeztu y Azorín existía, y no era difícil, sin duda, sorprender el antagonismo de los dos escritores que habían salido casi al mismo tiempo para correr la carrera de la gloria. Se adivinaba en Maeztu la fatiga o el desánimo del que comprende que ha escogido el lado más penoso; al contrario, Azorín daba la impresión del hombre que ha encontrado su camino, y que lo domina, y piensa seguirlo sin vacilación hasta el final, hasta morir.

Mientras Azorín se había refugiado en el artículo de periódico que puede luego trasladarse al libro, Maeztu hacía artículos que no son más que artículos. En uno se pronunciaba el literato; en otro el periodista. Para uno resultaba una diversión y una voluptuosidad su literatura vaga y amena, y para el otro un sufrimiento su periodismo trascendente. Azorín leía con placer y vertía sus lecturas en sus artículos sin aparente esfuerzo intelectual; en tanto Maeztu leía con angustia y escribía con un enorme gasto de talento. A Maeztu le solicitaban los temas candentes y un poco ambiciosos de sociología, economía y política universal, tanto como a Azorín sólo le atraían los temas puramente literarios. De donde resultaba que el público de Maeztu se componía de ingenieros, industriales, burguesía ilustrada, o sea, del público que no ayuda a hacer la reputación de un literato, principalmente en España; el público de Azorín lo componían los literatos y los que desean serlo, gente encargada de construir el renombre. Azorín cautivaba a los profesionales de las letras con sus artificios, sus sonsonetes, sus tretas, tranquillos, amaneramientos y mañas, y a esto se añadía el aire irónico, tomado directamente de Sterne, que terminaba por colmar el encantamiento. Como en aquel tiempo no había escritores humoristas de mediana talla, Azorín llenaba con su humorismo sterniano esa necesidad de chiste, de burla, de risa, que el público de todas las épocas siente. Me contaba Baroja que Maeztu y Azorín llegaron una vez a pegarse de bofetadas. (Págs. 62 y 63.)

He aquí una afirmación bien contundente de la propia personalidad que habrían de protagonizar los que andando el tiempo llegarían a ser el pulcro académico y maestro de la sensibilidad española y el teórico y diplomático de la dictadura de Primo de Rivera. Cuando el autor no está seguro de la autenticidad de lo que dice invoca testimonios ilustres: «Me contaba Baroja. . . .» Quede a otros la tarea de discutir hasta dónde es lícito el procedimiento.

Otra caricatura de Unamuno:

Los necios del filisteísmo parodiaban su manera de escribir para hacer chacota. Una vez, en un diario de Valencia, Rodrigo Soriano publicó un artículo macarrónico, voluntariamente oscuro, y le puso al pie la firma de Unamuno. Si bien más tarde se deshizo el burdo error, Rodrigo Soriano quedó muy satisfecho, puesto que sólo se trataba de reírse a costa del para ellos estrambótico profesor de griego en Salamanca. (Pág. 73.)

Años más tarde Unamuno y Soriano habían de partir juntos al destierro en Fuerteventura. Los recuerdos y alusiones de Salaverría tocan al alma de sus retratados.

Unamuno y Maeztu:

Unamuno predicaba a todos los vientos la necesidad de una vigorización ética y religiosa que levantase y regenerase el alma de los españoles, y Maeztu, que en gran parte era el eco o el émulo de Unamuno, repería esto mismo con otro lenguaje y más atropelladamente. (Pág. 81.)

Años más tarde una carta de Unamuno lo llevaba al destierro. Maeztu atravesaba el mar para servir una embajada del nuevo régimen.

El balance de la generación (la generación del 98 cuya existencia, por lo demás, ha negado Baroja en una famosa conferencia):

¿Y de qué se quejan, después de todo? ¿No se ha vuelto Valle Inclán revolucionario en su vejez? ¿No tienen allí a Unamuno, situado en una fiera actitud victorhuguesa, dispuesto a victimar a todos los reyes y tiranos? Y aun muy tibiamente, ¿no sigue Baroja injuriando a los curas todavía? Es cierto que Azorín ha recorrido todas las estaciones o estancias de la claudicación; pero él era así ya desde joven y, en realidad no ha engañado a nadie. Es verdad que Manuel Bueno ha corrido grandes aventuras políticas; pero desde el principio confesó que él no estaba dispuesto a esgrimir su pluma inútilmente, y tampoco ha defraudado a nadie; queda, pues, el caso Maeztu. (Pág. 94.)

Antes nos ha dicho de Manuel Bueno:

...abandonó en seguida a sus compañeros desafortunados y demasiado ascéticos, y se lanzó por las vías oscuras que conducen, tratándose de hombres listos, a la conquista del dinero, los empleos y las actas de diputado. Su vocación literaria juvenil se marchitó entonces, y en todo el resto de su vida ha demostrado que no cree mucho en la gloria literaria y que no vale la pena de usar la pluma en esfuerzos platónicos y para el servicio y el contentamiento de los demás. (Págs. 72 y 73.)

El retrato es demasiado vivo y explora regiones oscuras de la intimidad humana.

Y de Azorín:

La naturaleza pasajera, revoloteante y escéptica de Azorín supo aprovechar la moral de Nietzsche, en su sentido de transformación de todos los valores

éticos consagrados, para saltar del incoherente anarquismo de los primeros tiempos a una situación conservadora oficial, nada menos que a panegirista de Antonio Maura, tenido entonces por el político más reaccionario y ominoso. (Págs. 71 y 72.)

Y luego la amistad paradójal entre Baroja y Azorín:

Desde aquel día no ha cesado Azorín de tributarle a Baroja una adhesión admirativa, una amistad leal a prueba de todos los desvíos y egoísmos en que abunda algo excesivamente el notable novelista. Desde entonces, en una inquebrantable subordinación cordial y espiritual, Azorín ha vivido como pegado a la personalidad original y a la inteligencia arbitraria y penetrante de Baroja. (Pág. 71.)

Y luego Azorín, Baroja y el parlamento:

En esto de las divagaciones paradójales era único Baroja, y en exprimir el zumo agrio de todas las desesperanzas. El Parlamento era lo que más se ridiculizaba en el círculo de atracción de Baroja. A los pocos años Azorín entraba en el Parlamento como el pez debe de entrar en el agua, y Baroja ha deseado y envidiado toda su vida el derecho a sentarse en un escaño del Congreso. (Pág. 96.)

De paso, una festiva alusión a Pompeyo Gener a quien, en esta ocasión, de nada le sirvió estar muerto:

¿Y aquel Pompeyo Gener, a quien sus provincianos tenían en observación, no decididos del todo a reconocerle de una vez la categoría de genio? ¿No llegó a decir en uno de sus libros que la inferioridad de Castilla con relación a Cataluña dimanaba de que el castellano se alimenta de garbanzos que es comida indigesta y embrutecedora, mientras el catalán se nutre de alubias? (Pág. 85.)

La paletada final:

Los hombres del 98, semejantes también en esto a los románticos, aparecieron con una personalidad muy acusada. Tímidos, débiles y torpes como se comportaron, era por el carácter, sin embargo, por lo que destacaban. En algunos de ellos, en los mejores de ellos, el hombre superaba la obra. Este es el caso de Baroja. Y es, sobre todo, el caso de Unamuno, el cual, desde el principio, ha puesto por delante su personalidad y ha ido pronunciándola, afirmándola en gestos y actitudes, a tal punto que Unamuno puede decirse que es el caso representativo de la victoria de la personalidad como tal personalidad, esto es, sin pedir ayuda a la obra. (Pág. 98.)

Como una compensación al balance un poco sombrío de la generación recién pasada, Salaverría reserva parte de su amabilidad y su simpatía a Ramón Gómez de la Serna que es indistintamente «el que trajo las gallinas», «clown y administrador» y «el déspota del café de Pombo». Celebra paternalmente

las gracias de Ramón pero no deja de reconocer que termina cansando, «víctima de su infatigable administración propagandista y de su literatura torrencial». Donde toma Salaverría un desquite proporcionado a su pasión combatiente es en los literatos que, sin mayor sustancia espiritual, se han dedicado a correr la peligrosa carrera de las novedades. Los que, más que lo bello, buscan lo nuevo por ser nuevo y nada más que nuevo. (Al menos así se lo imaginan ellos. Porque muchas de las novedades que adoran en su ignorancia fervorosa son modas antiguas resucitadas o invención de fumistas desaprensivos.) Al estudiar este aspecto de las modernas tendencias artísticas en su ensayo consagrado a Ramón, como al tratarlo en forma más amplia y general en su *Teoría del adorno*, nos parece, a pesar de sus exageraciones evidentes, certero y definitivo. En este sentido, su libro está lleno de verdades saludables. Como él recuerda en alguna página, sus divagaciones sobre el arte y la época pueden resumirse en estas palabras que le decía Pérez Galdós:

«Hoy no se sabe componer y construir la obra literaria con el método y la paciencia con que se levanta una obra de arquitectura.»

Vivimos atropelladamente y acaso la simple información mate el ocio elegante de la creación estética o la orgía ideal de la especulación filosófica.

Roza el libro de Salaverría muchas de mis íntimas simpatías y deja caer más de un sarcasmo sobre hombres y convicciones que me son caros. No he de cometer por ello la deslealtad de negar los méritos que lo acreditan como una de las obras más importantes de la literatura española de nuestro tiempo. Este tiempo que tiene en Salaverría un impugnador tan acerbo.—
ROBERTO MEZA FUENTES.

Crónica de espectáculos

MAURICE CHEVALIER Y AL JOLSON.

EL cine sonoro ha proporcionado al público de Santiago la oportunidad de conocer a los dos más grandes *chansoniers* del mundo: Chevalier y Jolson. El primero de ellos no ha logrado, entre nosotros, un éxito tan rotundo como el segundo. Su creación en *Inocentes de París* no consiguió más que agradar, mientras *El loco*